«La lámpara común», de Manuel Mantero

A los dos años de su libro anterior, cuyo comentario puede hallarse en esta revista[1], Manuel Mantero ofrece otra muestra de su poesía, si no superada con relación a aquel *Tiempo del hombre*, sí evolucionada hacia una mayor objetividad.

Este nuevo libro[2] no se cierra unitariamente si no es en su actitud ante los temas. Pero éstos se abren como las cartas de una baraja sostenidas por mano de seguridad reconocible: la de un poeta de buen hacer y gracia metafórica, cuya inquietud le lleva a los más variados motivos exteriores.

Esto último es tanto como repetir que la actitud y la temática de *La lámpara común* —título recordando a Lope, poeta, por cierto, de múltiples solicitaciones como pocos—, son más bien objetivas: hasta donde cabe poéticamente la objetividad, puesto que la simple elección de uno u otros temas implica ya una preferencia y ésta es subjetiva. Pero aquí el poeta es, casi siempre, narrador. Con fórmulas de procedimiento narrativo se inicia la mayoría de los poemas: *El campesino hablaba con su hijo; salió a la calle; se quitó el cinturón primeramente; el poeta está al pie de su organillo; le dijo: no te quiero; entró en el cementerio.* Y así casi tantos ejemplos como poemas. De suerte que el poeta no nos habla desde su *yo*, ni mucho menos nos comunica sus particulares aconteceres anímicos, sino que resume estilizadamente

---

[1] PSA, n.º LIX, febrero, 1961.

[2] Colección Adonais, número CXCIX. Madrid, 1962.

unos sucesos externos, con frecuencia tomados de la actualidad: el caso Eichmann, el ataque al corazón de un espectador en el campo de fútbol, la exposición de un cuadro de Velázquez, la proyección en Roma de determinada película.

La poesía de Manuel Mantero encaja, pues, en lo que se ha llamado *enumeración lírica,* aquella por la cual el poeta se sitúa enfrente del objeto, lo capta y lo expresa, actitud que, en cierto modo y con criterio retrospectivo de las funciones del lenguaje, participa de lo épico.

Cierto que esa irrupción de unas realidades objetivas en el poema es propio de buena parte de la poesía actual, como lo son el tono narrativo y la menor presencia del *yo,* en una postura netamente antirromántica. Pero se distingue la poesía personalísima de Mantero por el tratamiento con que jerarquiza poéticamente los temas, *diciéndolos* con un lenguaje que alterna hábilmente la sencillez de la frase directa y la imagen que llega a ser barroca.

Por otra parte, esta motivación en la realidad no busca la constatación de situaciones adversas o injustas, como es frecuente en la poesía hoy llamada *realista,* sino —a mi modo de ver— el deseo del poeta de centrarse en la vida exterior. Por consiguiente, no lleva implicado un fin testimonial ni ningún otro ajeno a la poesía misma, y exalta unos valores que llamaríamos intemporales, como pueden ser la emoción del magnífico soneto *Visita a una loca,* o la inquietud del padre ante el futuro en el breve poema *Parto triple,* las contradictorias razones del amor en el titulado *Crimen pasional* o el acento de sencillez y

honda religiosidad de *Veinticinco de diciembre.*

Como quiera que sea, lo que el libro pone de manifiesto es a un poeta dotadísimo, dueño de excelentes y sugestivos medios de expresión.

L. de L.

«*Andaluz solo*», de *Juan Ruiz Peña*

¿Adjetivo o adverbio junto al sustantivo de oriundez? Las versales del título* embozan la pertinencia del acento dilucidador. Cierto que en un romance preliminar surge el adjetivo, pero los poemas siguientes brindan la ambigüedad mostrándonos a un poeta al que si Castilla dio amplitud temática, no desvirtuó de andalucismo en voz y en tono: sensibilidad para lo luminoso y cromático a la vez que melancolía y sentimiento. Andaluz *sólo*. Y, por otra parte, cuanto temperamentalmente justificaría el andaluz *solo,* tiene su contrapeso en una frecuentación de la realidad que excluye la enclaustración intimista. Insisto: aunque el poeta siente que «el alma habla conmigo a solas», también declara: «la realidad acepto plenamente». He aquí una antítesis de romanticismo y realismo que, a decir verdad, se resuelve más veces en aquel tono, sin impedir que en éste se logren tal vez los mejores poemas del volumen. (Ejemplos: *Vida, Dolor, Libertad.*)

En ocasiones no hay antítesis, puesto que a la actitud romántica pueden llegar —han llegado, de hecho—

* *Ínsula*. Madrid, 1962.